

Al pie de la Soledad  
Nos postramos muy humildes  
A recibir los tormentos  
Que por nosotros sufristeis

La más hermosa doncella  
Que se vio en todos los siglos  
Y la madre más dichosa  
De cuantas tuvieron hijos

La perfecta criatura  
Que Dios en la tierra hizo  
La emperatriz de las gentes  
La madre de Jesucristo

Al pie de la Cruz estaba  
Con su Soberano Hijo  
Muerto que así le pusieron  
Entre sus brazos divinos

Traspasada de dolores  
Contemplando a su querido  
Mansamente le decía  
Con blandura y con cariño

Hijo de mi alma  
Dime tú si eres mi hijo  
Que según te veo ahora  
Parece que no lo has sido

Quisiera si se pudiera  
Tener un retrato al vivo  
Del hijo que yo tenía  
Que cotejarlo contigo

Mas ya no puede ser esto  
Porque el retrato que miro  
No es aquel que ser solía  
Del original divino

Amado de mis entrañas  
Qué culpas has cometido  
Qué males tienes hechos  
En dónde están tus delitos

Para que así te pusieran  
Tan mal tratado y herido  
Que apenas yo te conozco  
Con haberte siempre visto

Que este cordero santo  
Que este pecho partido  
Lo fuera mejor primero  
Romper el corazón mío

Levantado el rostro hermoso  
Al cielo sus ojos fijos  
De su dolor se quejaba  
Hablando al Padre Divino

Diciendo: Padre Piadoso  
A tus manos me encomiendo  
Y si en quejarme te ofendo  
Humilde perdón te pido

Dadme licencia que sienta  
Hasta que pierda el sentido  
Viendo el dolor con que veo  
La prenda que más estimo

Mira que es tu hijo amado  
Y que también es mi hijo  
Criado con estos pechos  
De mis entrañas nacido

Qué culpas la causa fueron  
Qué delito has cometido  
Para tan duros tormentos  
Y dolor tan excesivo

Y dando a su Santa Vista  
Alguna suelta y alivio  
Decía a los que miraban  
Con lamentable sentido

Y los que me están mirando  
Y pasan por los caminos  
Digan si en el mundo vieron  
Dolor semejante al mío

Al mirar volvía el cuerpo  
Llagado, pálido y frío  
En donde sus sentimientos  
Tomaban nuevos motivos

Mírala la bofetada  
Señalada en el carrillo  
Los ojos que ser solían  
Dos celestiales zafiros

Lentos turbios y anegados  
Del polvo y sudor sanguíneo  
Hinchadas las dos mejillas  
De los golpes recibidos

Con la sangre en el cabello  
Pegado y entretejido  
Lastimadas las encías  
Los dientes renegridos

Miraba sus hombros santos  
Quebrantados y molidos  
De haber él mismo llevado  
La cruz de su sacrificio

Miraba también el cuello  
De aquel cordero divino  
Las señales de la soga  
Que el esparto le hizo

Y de la cruel lanzada  
Miraba el pecho partido  
Con tal fuerza que podía  
Verse el corazón divino

Y cualquiera de estas cosas  
Era un agudo cuchillo  
Que el alma le traspasaba  
Con acerados filos

De las espinas miraba  
Todos su cerebro herido  
Donde estaba todavía  
El cabello humedecido

Miraba al cielo llorosa  
Con clamorosos suspiros  
Penetrando sus clamores  
Los Soberanos Oídos

Luego a mirar volvía  
A su lastimado hijo  
Cuya dolorosa vista  
Era su mayor alivio

Por retener en sus brazos  
La ayuda y el auxilio  
Para conservar la vida  
En trance tan afligido

En el canto en que sigue  
Diré siendo Dios servido  
Los Soberanos Obsequios  
Y entierro de Jesucristo

Virgen de la Soledad  
Como nos despediremos  
No os pedimos más favores  
Que es el Reino de los Cielos

La despedida Señora  
No es como os la merecéis  
Postrada estoy de rodillas  
Pido que me perdonéis